

**AGUILAR**

◆ La opinión pública importa cuando genera masa crítica social que detona procesos que los políticos no pueden más que incorporar en sus decisiones.

## Opiniones y decisiones

**LUIS F. AGUILAR**

**H**emos llegado a un punto en que los opinadores públicos han dicho prácticamente todo lo que se debe decir sobre la crisis económica y la recesión, la seguridad pública y la guerra al crimen, la corrupción, la energía, los servicios públicos (educación a la cabeza), la reforma electoral... Cualquier ley, programa o dependencia de gobierno ha sido objeto de opinión crítica o favorable de miles de opinadores. Las opiniones abundan en número y contenido. Sin embargo, no se observa que influyan en modo significativo en las decisiones de los políticos. La opinión pública no llega a convertirse en política pública y cuando logra colarse al cuarto de decisiones de palacio seguramente ha sido o será filtrada y normalizada por los asesores y los mandos medios de los dirigentes del gobierno.

Los opinadores públicos pueden ofrecer la información más precisa, los análisis más profundos, las críticas más punzantes, las prescripciones más nobles, pero no influyen significativamente en la toma de decisiones del gobierno. Sus opiniones pueden lograr llamar la atención de los políticos y hacerles ver aspectos olvidados de la realidad social, alertarlos sobre las consecuencias de sus decisiones, presionarlos para que revisen sus políticas, leyes, gasto y servicios, pero no más de eso. Las opiniones son sólo referencias opcionales para las decisiones de los políticos, que las pueden considerar, descartar o amoldar. Su máxima influencia ocurre no en el terreno de las políticas, sino cuando sus escritos o voces ponen al descubierto conductas de corrupción o ilegalidad de los gobernantes y provocan un escándalo que golpea su reputación social y aspiraciones.

No es entonces el contenido de la opinión pública, su información y argumentos, lo que más importa o preocupa a los políticos e influye en sus decisiones.

Lo que les inquieta es que las valoraciones de los opinadores sobre los asuntos públicos y sobre su actuación, si son adversas, se hagan realmente públicas, se popularicen e influyan en la percepción y el juicio de un buen número de ciudadanos, generando una "corriente de opinión" social, una apreciación negativa generalizada acerca de las decisiones que los políticos han tomado para resolver los problemas de la sociedad y que han

considerado como las apropiadas y eficaces.

La opinión pública juega entonces más en la cancha ciudadana que en la del gobierno, da forma a la política de los ciudadanos más que a las políticas de los gobiernos. Un corolario elemental de esta observación es que muchos periodistas y analistas nos la pasamos hablando a los gobiernos en un diálogo de sordos más que dirigiéndonos a los ciudadanos, dándoles voz y generando una valoración social de los temas de interés público y de la actuación de los gobiernos. Un corolario mayor es que si los opinadores logran que sus crónicas, análisis y propuestas generen la masa crítica de una opinión compartida por el grueso de la sociedad sobre un determinado asunto social y sobre lo que el gobierno hace para tratarlo (o deja de hacer), la opinión social se volverá un ingente recurso, un "poder ciudadano" (civilizado, cívico), con toda la capacidad para confrontarse exitosamente con el poder público, sacudirlo, responsabilizarlo, influir en sus decisiones y modificar sus conductas. Hemos tenido evidencia del poder ciudadano en el terreno de la seguridad pública, cuando la sociedad en masa cuestionó a los políticos, legisladores, jueces y policías por su indolencia, incompetencia o abierta complicidad con los delincuentes, y les exigió responsabilidad, coherencia, honestidad, capacidad, valentía. La opinión llegó a ser decisión y tuvo impacto real.

Sin utopías candorosas, el problema de la recesión económica, finalmente reconocida por nuestros políticos buenistas, a los que se les indigesta todo lo que es realidad amarga y tratan de caramelizarla, puede representar la oportunidad para crear una corriente de opinión sobre cómo armar nuestro modelo de crecimiento económico y bienestar social, cuáles deberían ser sus componentes esenciales y cuál la responsabilidad del Estado, de las empresas de mercado, de las organizaciones sociales y de las personas, a fin de hacerlo eficaz y duradero. Existe un número suficiente de opiniones, críticas y propuestas que pueden generar la masa crítica ciudadana necesaria para dar forma a un tipo aceptable de economía y de política económica, que genere bienestar y cancele las indecentes condiciones de pobreza de millones de conciudadanos a la deriva.

Por lo menos la opinión pública converge en señalar los factores que impiden nuestro crecimiento: la incertidumbre jurídica y la inseguridad pública, el intocado corporatismo sindical y empresarial, los monopolios o dominancias en determinadas ramas industriales, la



|                     |                              |              |
|---------------------|------------------------------|--------------|
| Fecha<br>14.01.2009 | Sección<br>Primera - Opinión | Página<br>12 |
|---------------------|------------------------------|--------------|

pusilanimidad de mucho empresariado, la desarticulación industrial y agropecuaria, la incompetencia de buen número de nuestros recursos humanos, el inestable capital social, el intervencionismo gubernamental politizado que sigue creando dependencias en vez de capacidades, nuestro enraizado escepticismo respecto de las capacidades de los mercados, la desvinculación entre los centros de conocimiento y las exigencias de productividad y competitividad económica..

La lista de nuestros impedimentos más notorios señala lo que el Estado debería hacer y dejar de hacer, así como lo que deberían hacer y dejar de hacer empresarios y sindicatos, escuelas y universidades, las organizaciones sociales. A lo mejor las convergencias en lo que nos estorba pueden abrir el camino para el diseño de la vitalidad económica nacional que se requiere para superar la recesión y, más que eso, la regresión en curso.